

LA ROSA

De las antologías de odas, elegías, sonetos, versos satíricos, religiosos, etc., es la antología de la rosa la más extensa y quizá también la más intensa por el tono con que está tratada por quienes la han cantado y alabado. Se ha visto en ella no sólo su hermosura (recordemos que es la reina de las flores), sino también su fragancia y temporalidad, tan breve y esquiva.

Desde su nacimiento en botón hasta la pérdida del último de sus pétalos; ya galana y pretenciosa en el pensil de los abriles, como en los búcaros de los elegantes salones; el significado de sus colores: blanco, lila, negro, amarillo; el tamaño y lo curvado e hiriente de sus espinas; su presencia en las bodas, en las iglesias, como en los pantanos y en los panteones, despidiendo a los muertos.

Ha sido tratada con amor y dulzura por los enamorados, pero también vilipendiada por su aparente inutilidad por el realismo poético.

Desde el romancero popular de la Edad Media («Rosa fresca, rosa fresca, / [...] / non vos supe servir, non»), atravesando la poesía moderna y contemporánea, la rosa ha sido exaltada y puesta en los altares por los grandes virtuosos de la palabra. No hay más que leer a Miguel Ángel Asturias, que la compara con el mar («Todo el mar estudiado en una rosa, / los pétalos del mar y una flor las olas»); Rainer Maria Rilke y Emilia Pardo Bazán, Carlos Oquendo de Amat, el gran Martín Adán con sus conocidos y repujados sonetos a la rosa, de difícil armazón («La que nace es la rosa inesperada; / la que muere es la rosa consentida; / sólo al no parecer pasa la vida, / porque siendo de Dios es tu mirada»); Juan Gonzalo Rose con su «Responso en rosa» («Quien vivió por la paz, que en paz descansa»); Sebastián Salazar Bondy, Vargas Vila («Las rosas de los cielos, las hijas del crepúsculo / las rosas de la tarde, las huérfanas del sol; / las rosas que agonizan más blancas que un sepulcro; / las rosas que se mueren más tristes que el dolor»); Alejandro Romualdo («¿Qué mano te sustenta, en qué reposa / tu inacabable, inacabada / rosa que no concluye en ser la rosa»); Arturo Corcuera («Tímida rosa ósea y encarnada, / que amo y me ama y junto a mí se posa»); Ángela Figuero Aymerich («El niño con rosas»); Efraín Huerta: «Elegía de la rosa blanca»; Marcos Victoria («Para una rosa gualda»); Leopoldo Marechal («De la rosa bermeja»); Enrique Díez Canedo («Rosa blanca, rosa en medio / de tus reales en flor / me has

herido sin remedio; / mal herido estoy de amor»); Nicolás Guillén: «Rosa tú, melancólica»; el famoso soneto de Luis de Góngora y Argote («Ayer naciste y morirás mañana»); el no menos conocido y apreciado de Francisco de Roja («Pura, encendida rosa, / émula de la llama»); Jorge Guillén, Ricardo James Freire, Sor Juana Inés de la Cruz; la letrilla de Francisco de Quevedo y Villegas («Rosal, menos presunción, / donde están las clavelinas, / pues serán mañana espinas / las que agora rosas son»); los conocidos versos de José Martí («Cultivo una rosa blanca, / en julio como en enero, / para el amigo sincero / que me da su mano franca. / Y para el cruel que me arranca / el corazón con que vivo, / cardo ni ortiga cultivo: / cultivo una rosa blanca»); Leopoldo Lugones («Yo quisiera morir como las rosas / en la blancura del deshojamiento. / Irme suave y cordial, callado y lento»); el famoso poema de los hermanos Quintero («Érase un jardín sonriente; / era una tranquila fuente / de cristal; / era, a su borde asomada, / una rosa inmaculada / del rosal»); Alí Chumacero, Xavier Villaurrutia, José María Valverde, Mariano Brull, Jaime Torres Bodet, Ramón Garciasol; de don Pedro Calderón de la Barca su conocido soneto: «¿Ves esa rosa que tan bella y pura?»; los famosos sonetos de *Extensión y deleite de tortura* de Gustavo Valcárcel; el soneto de la rosa de Vicente Aleixandre; «Casida de la rosa», de Federico García Lorca; «A una rosa roja», de Manuel Acuña; los sonetos de don Félix Lope de Vega y Carpio; «Rosa de almendra» de Miguel Hernández; «Rosa íntima», de Juan Ramón Jiménez; los inigualables sonetos a la rosa de Pedro Prados; el soneto de don José de Espronceda («Fresca, lozana, pura y olorosa, / gala y adorno del pensil florido, / gallarda puesta sobre el ramo erguido, / fragancia esparce la naciente rosa»).

Quizá podríamos resumir éstos y los miles más de versos sobre la rosa en nuestro soneto:

¿Qué nos quieres decir, liviana rosa?
¿Eres princesa, eres cenicienta?
¿Qué es, en verdad, lo que tu ser intenta?
¿Es, acaso, el poeta el que te endiosa?

¡Qué culpa tienes tú de ser hermosa!
¡Con el soplo de Dios todo se alienta!
El verso te deshoja y alienta,
él te enaltece y, a la vez, acosa.

Por lo tanto, conviene se decida
si eres tú misma la que te proclamas,
o apenas te insinúas, convencida

que tu sola belleza es la que llama;
y es lo fugaz de tu preciosa vida
lo que te mueve a proclamar tu fama.

La rosa. Diario *La Industria* de Trujillo. 16/02/93